

von
FRANK SCHWIEGER

YO, ZEUS, Y LA PANDILLA DEL OLIMPO

Los dioses y héroes
cuentan sus leyendas

Con ilustraciones de
Ramona Wultschner

Traducción del alemán:
Javier Alonso

la esfera  de los libros

ÍNDICE

Aquiles	7	Hefestos	123
Afrodita	17	Hera	131
Apolo	27	Heracles	141
Ariadna	35	Hermes	151
Artemisa	45	Medea	163
Atenea	53	Nausícaa	173
Dédalo	63	Ulises	185
Deméter	73	Orfeo	201
Dido	85	Penélope	213
Dioniso	93	Perseo	227
Europa	101	Prometeo	237
Helena	111	Zeus	247

PREFACIO

En cierto momento exploté. ¡Pero muy en serio! Rugí por todo el Olimpo y comencé a lanzar a mi alrededor mis rayos y truenos. El mundo nunca había visto una tormenta como aquella. Hubo golpes y crujidos en todos los rincones del mundo. Un espectáculo de fuegos artificiales verdaderamente divino.

¿Por qué estaba tan enfadado? Porque vosotros, los humanos, me ponéis realmente nervioso. Durante casi tres mil años os habéis creído que lo sabéis todo sobre nosotros. Un tipo llamado Homero empezó a hacerlo en la antigua Grecia. Y desde entonces todos han pensado que podían escribir sobre nosotros y presentar ante el mundo verdades a medias, cosas retorcidas o simplemente ficticias sobre nosotros, los dioses y los héroes. Y vosotros, niños, todavía creéis esas tonterías.

Pero ahora puedo decir que se acabó. Basta de escribir. ¡AHORA HABLEMOS!

Encargué a Hermes que buscara a mis más grandes dioses y héroes e hiciera que contasen sus historias. Para que finalmente podáis conocer la VERDAD sobre nosotros. Y de PRIMERA MANO. Pronto, Hermes regresó al monte Olimpo con varias aventuras en el bolsillo. Como gran final, enriquecí el trabajo con mi propia historia. Así es como nació un libro maravilloso, en el que finalmente, finalmente, finalmente no se escribe nada más que la verdad sobre nosotros, es decir, la pura verdad, toda la verdad, la divina verdad sin adulterar.

¡Ay de cualquiera de vosotros, seres humanos, a quien se le ocurra cuestionar esta verdad! ¡Aquí, en mi palacio en el Olimpo, todavía tengo suficientes haces de relámpagos que puedo arrojar con absoluta precisión!

ZEUS
rey de los dioses

AQUILES



A veces me llaman «el colérico»

Brillantes ojos azules

Cabello rubio largo

Una máquina muy potente

No llevo nada cubriéndome el pecho para que todos puedan admirar mis músculos

No pinchar aquí

También me llaman «la máquina de luchar»

Soy un auténtico pibón

EL (CASI) INVENCIBLE

ESTE SOY YO



← **AQUILEO**

Los romanos
me llaman
AQUILES

mortal

inmortal

MI FAMILIA LA COMPONEN



Mi madre **TETIS**, una diosa **MARINA**, y mi padre **PELEO**, un gran **héroe**, aunque mortal, de manera que yo, aunque mi madre era inmortal, también nací mortal. Y eso es algo con lo que mi madre tenía un auténtico **problema**, como verás. No tengo hermanas, pero sí un antepasado muy famoso: **ZEUS**, el padre de los dioses, era el abuelo de mi padre **PELEO**.

MI HOGAR ES

Tesalia, una región montañosa en Grecia continental. Allí, mi





padre era el **rey** del pueblo de los **mirmidones**.



ESTO LO HAGO = FENOMENAL =

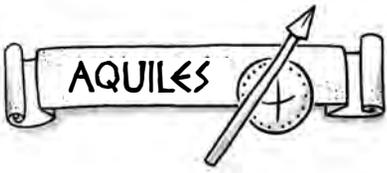


Utilizar la **JABALINA** y la **lanza**, el **ESCUDO** y la **ESPADA**. De hecho, soy el mayor guerrero que jamás haya visto **GRECIA**. Allí donde estallaba una guerra, yo tenía que estar. De ese modo, adquiriría **fama** y **honor**, y mi nombre se haría inmortal.

ESO NO ME GUSTA EN ABSOLUTO

No puedo soportar que estalle una **guerra** y no me permitan tomar parte. Y tampoco me gusta que me pinchen en el **TALÓN IZQUIERDO**. Ahí soy muy, muy **sensible**.





ESTA ES MI HISTORIA

Mi madre Tetis lo daría todo por tener un hijo inmortal. Eso se puede entender: todas las madres se preocupan por sus hijos. Lo mejor es que sean inmortales, y así no puede pasarles nada. Entonces tuvo un hijo tras otro, hasta un total de siete. Por supuesto, mi madre quería saber si eran inmortales. ¿Y qué hacía para averiguarlo? Metió a los pequeños en una olla de agua hirviendo. Lamentablemente, no eran inmortales; por eso no tengo hermanos. Quizás me hubiera calmado de haber crecido con hermanos. Así que, al ser hijo único, siempre pude hacer lo que quise. Mi madre me permitía hacer casi cualquier cosa, estaba loca por mí.

¿Por qué a mí no me arrojaron a una cacerola? Mi padre Peleo lo evitó. Estaba harto de perder a sus hijos justo después de nacer. También estaba contento con un niño mortal, probablemente porque él mismo era un mortal. Cuando Tetis se disponía llevarme a rastras hasta la cacerola, él le montó una escena tremenda y me arrebató de sus manos. Fue estupendo que mi padre se impusiera en aquel momento. Desafortunadamente, aquello no sucedía muy a menudo, porque, como mi madre es una diosa, mi padre no pintaba demasiado. En cualquier caso, me salvó del agua hirviendo, por lo que le estoy realmente agradecido.

Ahora por fin tenían un hijo, aunque fuese mortal.

Mis padres me querían mucho, eso puedo decírtelo. En el caso de mi madre, me quería tanto que, unos días después de nacer, me llevó al inframundo. No, no para dejarme allí, porque, para eso, podría haberme arrojado directamente a la cacerola. Mi madre con-

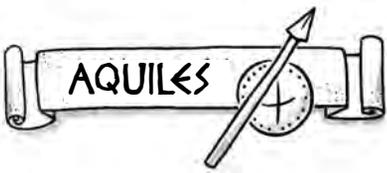


venció a Hades, el dios del inframundo, para que le permitiera cruzar a la otra orilla del Estigia. Las sombras de los muertos debieron sorprenderse bastante cuando, un día, pasó delante de ellos una diosa marina con un bebé en brazos. No sé qué pensarían las sombras. ¿Acaso las sombras pueden pensar?

Debes saber que el Estigia es un gran río que fluye por el sombrío reino de Hades. Si alguien se sumerge en este río, se vuelve invulnerable. Hasta donde sé, soy la única persona que se ha dado un baño en este río. Bueno, darse un baño no es la expresión correcta, porque todavía no sabía nadar. Mi madre me agarró por el talón izquierdo y me sumergió en el agua negra. Seguro que grité un montón. Pero al menos no era agua hirviendo. Por desgracia, me apretó tan fuerte el talón que no entró en contacto con el agua, y por eso mi talón izquierdo es el único lugar de mi cuerpo donde soy vulnerable. En algún momento, cuando era niño, me di cuenta de esto y se lo conté a mi madre. Ella me dijo que no era tan grave, pues no moriría por tener un talón vulnerable.

Cuando tenía siete u ocho años, tuve que abandonar Ptía, la capital de nuestro imperio. Debía aprender algo, ir a la escuela. Cuando mis padres me lo dijeron, al principio me puse muy contento. Para ser sincero, Ptía es un lugar aburrido en medio de las montañas, así que por fin vería algo de mundo. Pero cuando mis padres me dijeron dónde estaba la escuela, mi alegría se esfumó. Se suponía que tenía que ir a un remoto rincón de la montaña y estudiar allí en la escuela de un centauro.

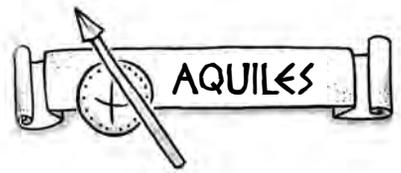
¿Sabes qué es un centauro? Espero que tus profesores no tengan este aspecto. Un centauro es un caballo con la parte superior del cuerpo de un hombre. O un hombre con la parte inferior del cuerpo



de un caballo, es decir, un hombre con cuatro patas, cascos y cola de caballo. Bonito, no es. Mi madre tuvo que usar todas sus artes de persuasión para llevarme a esa escuela. Cuando además descubrí que sería el único estudiante de este profesor equino, desapareció mi último asomo de alegría. Pero fui de todos modos, por mis padres. Y tengo que admitir que no me arrepiento.

Mi maestro se llamaba Quirón, era bastante viejo, y después de algunos días ya no me importó su apariencia. Lo único, que jamás podría acostumbrarme al ruido de los cascos. Y tampoco a las boñigas de caballo que dejaba caer por todos lados. Pero los centauros no pueden evitarlo. Quirón fue un gran maestro, estoy encantado de decirlo: un hombre-caballo sabio. No solo me enseñó a leer, escribir y contar; no solo historia y cultura griega; no solo a luchar, boxear, correr y lanzar el disco. No. Lo creas o no, Quirón era también un excelente poeta y músico.

Se sabía de memoria innumerables poemas y canciones, que también tuve que aprender, y además cómo tocarlos con la lira. Te aseguro que tocaba con los dedos ensangrentados, y cantaba como el mismísimo Apolo. Si un sonido salía mal, Quirón me golpeaba en los dedos con el palo. Aquello no era agradable, así que lo ensayaba una y otra vez. Mi asignatura favorita era, por supuesto, la práctica del combate. ¡Oh, cómo me encantaba, el tiro con arco, lanzamiento de jabalina, la lucha con espada y escudo! Quirón me enseñó todos los trucos. Y yo era rápido. Y bueno. Y mejoraba sin cesar. Pronto inventé mis propios trucos con los que sorprendía a mi maestro. Apenas podía salir de su asombro. En algún momento se dio por vencido: no podía enseñarme nada más sobre aquel arte. Yo era, sencillamente, formidable.

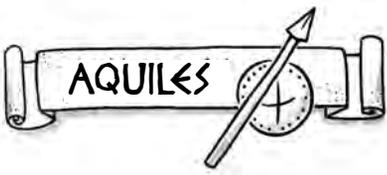


Pero, llegado el momento, aquella estupenda época escolar llegó a su fin. Tenía dieciséis años cuando el hombre-caballo me envió de vuelta a casa. Me había enseñado todo lo que sabía y podía hacer. Ahora, como me dijo, me esperaba lo serio de la vida.

Me alegré mucho de ver a mis padres. En los últimos años solo los había visto de vez en cuando, durante las vacaciones en los calurosos meses de verano. Pero ahora quería quedarme en casa mucho tiempo y prepararme para ser rey. Mi padre ya tenía muchos años, y era evidente que pronto se marcharía al inframundo. Mi madre no había cambiado. Las diosas no envejecen. Pero solo estuve dos años en Ptía, porque entonces ocurrió un gran desastre: comenzó una guerra.

Agamenón, el rey más poderoso de toda Grecia, reunió a los mejores guerreros porque quería atacar la ciudad de Troya. Esta es mi oportunidad, pensé, cuando las noticias llegaron con algún retraso a nuestro pequeño país montañoso. ¡Por fin guerra! ¡Al fin podría mostrar todo lo que había aprendido! Pero mis padres tenían otros planes. Mientras yo estaba con Quirón, ni madre había ido a un oráculo y le había preguntado sobre mi futuro. Las madres típicas siempre se preocupan. El oráculo, por supuesto, no se había comprometido; los oráculos nunca lo hacen. Dijo que tendría una vida larga y feliz con muchos hijos y nietos, después de lo cual nadie se acordaría de mí, o bien, que moriría joven, pero como un guerrero glorioso cuyo nombre sería recordado para siempre.

Mi madre quería salvarme de una muerte prematura y, cuando Agamenón reunió a los griegos para su campaña contra Troya, me envió junto al rey Licomedes, de la pequeña isla de Esciros. Allí tuve que ponerme vestidos de chica, lo cual fue realmente vergonzoso



para mí. El rey tenía doce hijas, y yo debería vivir con ellas, esconderme entre ellas, para que nadie pudiera encontrarme y arrastrarme hasta Troya. Los otros griegos estaban muy interesados en Aquiles de Tesalia. ¿Por qué? Había una profecía que afirmaba que los griegos solo podían ganar la guerra si el poderoso Aquiles iba con ellos. No tengo ni idea de quién decidió aquello, pero, en realidad, para mí era estupendo. ¡Yo quería ir! Gloria y honor, ¡maravilloso! Los únicos que no querían eran mis padres, especialmente mi madre. Las madres miedosas pueden ponerle a uno muy nervioso.

Me buscaron. Agamenón había enviado a sus hombres para que me encontraran. No quería partir sin mí. Había estallado una guerra y el gran Aquiles se paseaba vestido de chica por una isla remota. ¿Puedes imaginarte cómo me sentía?

Un día, llegué al palacio de mi anfitrión un visitante importante. Era Ulises, el rey de Ítaca, uno de los hombres de mayor confianza de Agamenón. De inmediato tuve claro qué estaba buscando. O mejor dicho: a quién estaba buscando.

Se sentó en el gran salón con el rey Licomedes. Acababan de intercambiar sus regalos de hospitalidad, como es costumbre entre nosotros los griegos, y entonces nos llamaron a nosotras, las hijas del rey. ¡Qué vergüenza! Estaba por primera vez delante del famoso Ulises, con pendientes, un magnífico collar de perlas, cabellos peinados y un vestido rojo. Me sentía horriblemente avergonzado. ¡Gracias, mamá!

«Estas son mis hijas», nos presentó Licomedes. «Todo mi orgullo».

«Cuento trece», dijo Ulises, observándonos con ojo crítico. «Creía que solo tenías doce».



El zorro inteligente, pensé. Él sabe exactamente qué está ocurriendo aquí. Pero seguí sonriendo con valentía, igual que mis doce «hermanas».

«No, no, son trece», mintió Licomedes. Le había prometido a mi madre que no me traicionaría. «Tienen que irse ya, tienen... eh... clase».

«No quiero interrumpir», dijo Ulises astutamente. «Las clases son importantes. Pero recordad siempre, queridas muchachas, que no estudiáis para la escuela, sino para la vida».

Las chicas se rieron divertidas. ¡Por todos los dioses, qué pavo tenían! Yo me mantenía discretamente al fondo.

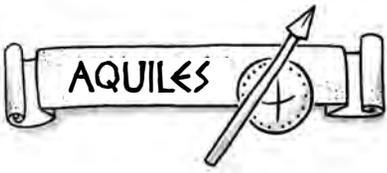
«Tienes una hija muy grande, Licomedes. Esa rubia alta de allí». Ulises sonrió con picardía. «También parece ser muy fuerte. Veo unos brazos fuertes. Nada habituales en una muchacha».

«Sí, sí, esa es Aquilea. Mi hija mayor. No se parece al resto de la familia. Pero, ahora, daos prisa. Al profesor no le gusta esperar».

«¡Un momento!», exclamó Ulises. «Todavía tengo que entregar los regalos para tus hijas, como es nuestra costumbre».

Ulises silbó con los dedos. Entraron dos esclavos con una caja grande y extendieron los presentes sobre una mesa. Había muñecas, pulseras, hermosas telas, espejos, frascos con todo tipo de perfumes, pomadas y cremas..., y un casco y una espada brillante y afilada. Nos arremolinamos alrededor de la mesa; mis «hermanas» echaron mano de las muñecas, las joyas, los perfumes, pero yo no pude aguantar más tiempo.

Me puse el casco, agarré la espada y la blandí alrededor del gran salón. Las chicas gritaron horrorizadas y se hicieron a un lado. ¡Por



fin tenía de nuevo una espada entre mis dedos! ¡Y era tan bonita y puntiaguda! Se adaptaba perfectamente a la mano.

Ulises me sonrió.

«Licomedes, amigo mío», dijo. «¿Me permites hablar un momento con esta, eh..., chica fortachona?».

El rey inclinó la cabeza con resignación. «Ambos sabemos que no es una chica, ¿verdad?».

«Creo que sí», dijo Odiseo. «Vamos, Aquiles, tenemos algunas cosas que discutir».

«Encantado», respondí en voz alta mientras me despojaba del vestido. «¿Cuándo salimos para Troya?».

«El barco zarpará mañana por la mañana. Los griegos nos encontramos en Áulide. Los demás ya me están esperando. Y, por supuesto, también a ti y a los guerreros de tu pueblo».

«Pero será mi padre quien lidere a nuestros hombres».

«Lo siento, muchacho. El gran héroe Peleo, tu padre, murió hace un mes. Estaba viejo y enfermo. ¿No te había llegado la noticia?».

«No», contesté suspirando profundamente. Durante un breve instante, la tristeza se apoderó de mí. Pero luego se apoderó de mí otra vez el deseo de pelear y la perspectiva de la fama eterna que llega hasta las estrellas.

«Vamos», le dije a Ulises. «Tenemos que hablar».